

Conversación con el historiador Jesús Vargas, ex-miembro del Consejo Nacional de Huelga del Movimiento Estudiantil de 1968 en México

Conversation with the Historian Jesús Vargas, former Member of the National Strike Council of the Student Movement of 1968 in Mexico

Adelina Arredondo

email: adelinaarredondo@yahoo.com

Universidad Autónoma del Estado de Morelos. México

Jesús Vargas Valdés es hoy un historiador prolífico, con más de una veintena de interesantes y esclarecedores libros sobre historia y cultura mexicana. Es un obsesivo buscador y compilador de fuentes originales de primera mano, interesado por producir y divulgar una historia social, que explica de manera más objetiva y comprensiva los sucesos históricos, superando la vieja historia de bronce, la historia oficial y la historia anecdótica.

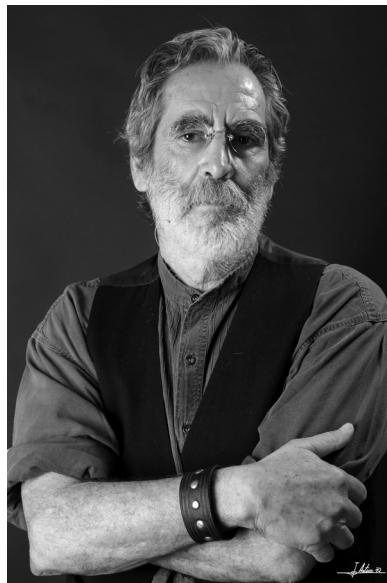
Su último libro, *Villa bandolero*, sobre una etapa poco conocida del caudillo de la revolución mexicana, Francisco Villa, acaba de salir de prensa, y promete ser uno de los más leídos sobre el periodo de la revolución mexicana y sus antecedentes. Sobre esa época son también sus libros *Tomochic: revolución adelantada, resistencia y lucha*; *Máximo Catillo y la revolución en Chihuahua*; *Nelli Campobello, mujer de manos rojas*. Y sobre los movimientos sociales de los años sesentas se cuentan *Madera rebelde* y *La patria de la juventud. Los estudiantes del Politécnico en el movimiento de 1968*.

Nacido en Parral, Chihuahua, al norte de México, Jesús Vargas fue uno de los numerosos hijos de un herrero que educó a su familia con los valores de la honestidad, el trabajo, la disciplina y la solidaridad. Se fue a estudiar a la ciudad de México la carrera de biología en una de las dos más prestigiosas instituciones

superiores del país. Fue un deportista sobresaliente, representando durante seis años a los equipos deportivos del Politécnico en los campeonatos nacionales, y cuando estalló el movimiento estudiantil de 1968 se entregó de lleno al proceso. Durante el movimiento estudiantil de 1968 fue representante de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional ante el Consejo General de Huelga.

Con la complicidad entusiasta de su compañera Marcela Frías, a quien conoció durante el movimiento estudiantil, hasta 1978 Jesús Vargas se dedicó a apoyar a las organizaciones democráticas e independientes de campesinos, obreros y familias de marginados en el norte y noroeste del país. Más adelante fue profesor de bachillerato en materias relacionadas con las ciencias biológicas y las ciencias sociales. Desde 1990 se dedicó profesionalmente a la historiografía regional y a participar en conferencias y otros eventos de difusión de la historiografía crítica y sobre los movimientos sociales democratizadores. Actualmente escribe un nuevo libro: *El movimiento guerrillero en Chihuahua «De Madera a Tesopaco» (1965-1968)*. Ha mantenido siempre un compromiso intenso y desinteresado con las causas sociales nacionales, con la historia regional y con la memoria del movimiento estudiantil, que en palabras de Vargas «no es pasado, es presente».

Con siete décadas intensamente vividas, es un hombre alto, delgado, de complexión atlética y jovial, viril, atractivo, vivaz, de mirada atenta bajo sus cejas espesas, mirada profunda, escudriñadora, entre dulce y dura, entre la presencia y la ausencia, mirada que se evade constantemente al futuro con anhelo y esperanza o se retrae sin desmarcarse hacia el pasado, en ocasiones exitosamente construido, por momentos decepcionante y nostálgico, pero en todo momento comprometido con sus concepciones políticas, sus investigaciones histórico-sociales, con sus causas sociales, con sus sueños sin horizonte fijo, con sus camaradas, sus colegas, sus amigos y con su familia.



1. La entrevista

Adelina Arredondo (A. A.): Jesús Vargas Valdés, ante todo muchas gracias por haber aceptado esta entrevista, a pesar de lo ocupado que estás, no sólo como es tu costumbre, sino mayormente ahora que estas invadido por muchos compromisos aquí y allá con motivo de la conmemoración de nuestro tristísimo y nunca olvidado 2 de octubre de 1968, fecha de la masacre ordenada por el gobierno de cientos de estudiantes que efectuaban una reunión pacífica en la Plaza de las Tres Culturas de Tlaltelolco, en la ciudad de México. Bien dices tú que el 68 comenzó antes y terminó mucho después del 68, o aún no termina. Te voy a preguntar un poco más de eso, querido Jesús, pero antes dime (porque esta entrevista no se trata solo del movimiento del 68, sino también y fundamentalmente de Jesús Vargas): ¿Dónde naciste? ¿Quiénes fueron tus padres? En breves palabras ¿cómo transcurrió tu infancia?

Jesús Vargas Valdés (J. V. V.): Nací el 28 de junio de 1946, en Parral Chihuahua, un antiguo pueblo minero ubicado en el norte de México. Mi madre fue la hija de un revolucionario villista. Mi padre fue herrero y trabajó buena parte de su vida en la compañía minera denominada La Prieta, perteneciente a la American Smelting. Crecí en un barrio de mineros; mi casa se encontraba sobre un cerro, a unos cien metros de las márgenes del río que atravesaba la ciudad. Ese río desempeñó un papel muy importante en mi niñez porque fue el lugar de mis aventuras durante las vacaciones largas de la escuela (julio y agosto) allí concurríamos todos los niños del barrio y retozábamos todo el día en sus aguas. Fui un niño libre que no usó zapatos hasta los diez años¹, y que nunca vio la televisión porque no había llegado a mi ciudad. Fui educado en la religión católica, pero mi madre nos inculcó especialmente el sentido de la justicia, de la solidaridad, el amor a los más desamparados y no se preocupó tanto porque rezáramos, es decir mi formación cristiana fue más de contenido que de forma.

A. A.: ¿Qué te motivó a irte a la ciudad de México desde Parral? Son 1300 kilómetros en línea recta ¿cuánto tiempo de viaje? Si, en ese tiempo eran unas 24 horas continuas de viaje en autobús.

J. V. V.: Fui el número seis de nueve hermanos. Tuve tres hermanos hombres mayores que yo y los tres se fueron a estudiar a la ciudad de México, al Instituto Politécnico Nacional porque era la institución que ofrecía más posibilidades a los hijos de un minero, además fui un buen jugador de basquetbol y eso me sirvió para obtener una beca modesta, pero que me servía para los gastos elementales. Me inscribí en la carrera de biología porque no me gustó la opción que había escogido primero de ingeniería mecánica donde cursé el primer año. Yo era lector desde que cursaba la secundaria, había leído un libro de divulgación de la genética y me gustó mucho. Cuando tuve que optar por otra carrera pensé que me iba a gustar la de biólogo y fue un gran acierto porque lo que encontré en esta nueva carrera fue un ambiente muy propio para crecer en mi pensamiento crítico. Desde los primeros

¹ Nota de la editora: La temperatura en Parral oscila a lo largo del año entre 2 y 35 grados Celsius, llegando a bajar en el invierno hasta menos dos.

semestres abandoné de manera natural mis esquemas religiosos y me convertí en un estudiante librepensador.

A. A.: ¿Con quiénes vivías en la ciudad de México?

J. V. V.: Terminé la secundaria a finales de junio de 1962. Yo estaba preparado anímicamente para irme a estudiar a la ciudad de México al iniciarse el año siguiente porque había un desfase en el calendario pues el año académico en Chihuahua terminaba en el verano y en la ciudad de México terminaban en el invierno; sin embargo, la finalización de mis estudios secundarios coincidió con la visita de uno de mis hermanos mayores y él decidió que me fuera con él inmediatamente. Él y otro hermano (del que era gemelo) rentaban un departamento con otros tres estudiantes y no hubo ningún problema para acomodarme en un pequeño rincón de ese departamento. A los pocos días de llegar a la ciudad de México, cuando tenía 16 años, me consiguieron trabajo en una maquiladora de componentes para televisión y en este lugar trabajé hasta la navidad. En enero de 1963 me inscribí en la Escuela Vocacional número tres, correspondiente a los estudios preparatorios. Durante dos años mi pasión estudiantil fue el deporte y desde los primeros meses me escogieron para la selección juvenil del Politécnico. Entrenaba todos los días, en la mañana, muy temprano, antes de entrar a clases y regresaba al gimnasio en la tarde, después de clase. Todo se me facilitó por el deporte. En febrero de 1965 me inscribí en la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica y después de concluir un año, en febrero de 1966 me inscribí en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas.

A. A.: ¿Qué te pareció tu escuela desde el primer día que llegaste a ella? Sus instalaciones, su disposición arquitectónica, los salones de clases y, sobre todo, tus compañeros de carrera.

J. V. V.: El edificio de la Escuela de Ciencias Biológicas se había construido originalmente como internado, sus instalaciones eran muy diferentes a otras escuelas que yo conocía. Tenía muchos árboles y jardines donde podíamos aislarnos para chacotear en grupo, o simplemente para holgazanear sin ser molestados. Las clases me deslumbraron porque desde los primeros días me relacioné con prácticas de laboratorio desconocidas para mí, por ejemplo, en citología disponía cada alumno de un microscopio que yo nunca antes había usado. En los primeros días tuve problemas para adaptarme a la cultura de los compañeros nativos de la capital; eran diferentes a los provincianos y la brecha era más grande con los norteños; sin embargo, mi buena relación con las compañeras se hizo evidente desde el principio y como las mujeres eran mayoría adquirí cierto liderazgo al que los compañeros tuvieron que adaptarse. El ambiente con los profesores fue excepcional porque la mayoría vivía prácticamente en la escuela, eran profesores de tiempo completo que cuando no estaban en el aula estaban haciendo investigación. Muy pronto me hice amigo de algunos de mis maestros. Después de muchos años comprendí que tenía una cualidad natural para escuchar a la gente mayor, mi personalidad, mi estatura, tal vez algo de candidez provinciana obraban en favor de estas relaciones. Además de que muy pronto destacué en el equipo de basquetbol de la escuela y me convertí en una especie de estrella deportiva.

A. A.: ¿Cómo te sentiste en tanto joven provinciano llegando a la gran capital?

J. V. V.: Mi llegada a la capital fue contrastante con la vida provinciana que había llevado hasta entonces, era como una chiva loca en cristalería: atrabancado, ingenuo. No me adaptaba a la capital, me refugiaba en los cines baratos donde podía ver tres películas por unos cuantos centavos, casi siempre prefería ir solo, de alguna manera era un joven solitario. No asistía a fiestas ni ingería bebidas embriagantes. En los primeros años me salvó el deporte, el ejercicio físico donde canalizaba casi todas mis energías y mis emociones.

A. A.: ¿Cómo describirías tú la relación pedagógica entonces? Es decir, cómo calificarías la relación entre maestros y alumnos, entre alumnos y alumnos, entre directivos y maestros –y directivos y alumnos–, entre alumnos y contenidos y medios de aprendizaje, la pertinencia de los planes de estudio. ¿Cómo percibíais tú y tu generación las maneras en que se formaban los futuros profesionistas?

J. V. V.: En los primeros dos años me integré muy bien al ambiente, no obstante que mi desempeño académico era más bien bajo, me quería «comer el mundo» de un bocado y no me dedicaba lo necesario a estudiar y preparar las clases, solo la iba pasando. En ciencias biológicas encontré mi devoción por la lectura. Yo leía esporádicamente desde la secundaria, pero entre mis nuevos profesores encontré grandes lectores que me orientaron a leer sistemáticamente y en forma ordenada. El director de la escuela era un científico que se había formado ahí mismo como Químico Bacteriólogo Parasitólogo, era culto y librepensador. Era el timonel, su liderazgo se expresaba con plenitud, pero con discreción, no era protagónico. En 1967 se presentaron tres acontecimientos muy relevantes: el primero fue que se eligió una dirección estudiantil integrada con jóvenes de la juventud comunista, recayendo la presidencia en una mujer; el segundo fue que la escuela participó en una huelga general del Politécnico en apoyo a una Escuela de Agricultura de provincia que exigió mejores condiciones académicas y el tercero, que a fin de año se inició una discusión crítica, grupo por grupo, en torno a los programas de estudio. Se cuestionó desde la base estudiantil que los programas y los métodos de enseñanza eran anacrónicos, se introdujeron términos que no se habían utilizado antes, como autogestión, enseñanza formativa no informativa, democracia en el aula, etc. Estos tres factores fueron determinantes para que al año siguiente la Escuela de Ciencias Biológicas se pusiera a la vanguardia desde los primeros momentos de la huelga estudiantil de 1968.

A. A.: ¿Qué hacías y pensabas en el momento en que se dio el primer conflicto estudiantil? ¿Cómo reaccionaste?

J. V. V.: En diciembre de 1967 una representación de la dirección estudiantil del Politécnico (FNET) citó a asamblea general a los estudiantes; la intención que llevaban era darle golpe de estado a la presidenta de la sociedad de alumnos acusándola de comportamiento moralmente inadecuado en un congreso nacional. Cuando casi habían logrado su propósito y tenían a la compañera acorralada tomé la palabra haciendo una defensa apasionada y demostrando que todos los argumentos carecían de validez y que se trataba de una acción premeditada para imponer contra la voluntad del estudiantado una nueva directiva. En ese momento reaccionó la masa estudiantil corriendo airadamente a los de la FNET. Fue mi primera participación en una asamblea. La federación de estudiantes del Politécnico –organización antidemocrática controlada por miembros del gobierno federal– citó a

los estudiantes de Ciencias Biológicas a una asamblea general, con la intención de quitar a la presidenta de la sociedad de alumnos, Martha Servín, quien pertenecía al Partido Comunista. La federación utilizaba las mismas tácticas gubernamentales para controlar las organizaciones obreras. Así que comenzaron a atacar a Martha Servín acusándola sin ningún fundamento. Ante el silencio de los demás estudiantes me sentí obligado a defenderla, demostrando la falsedad de las acusaciones y la intención de imponer una nueva directiva que controlase a los estudiantes. Fue mi primera participación en una asamblea. Mi defensa surtió efecto, se llamó a votar y se apoyó a Martha. A partir de entonces los compañeros me vieron como alguien con cualidades de liderazgo. Yo ni siquiera tuve conciencia de ello.

A. A.: ¿Cómo fue que te involucraste en el movimiento estudiantil de 1968?

J. V. V.: Como tú sabes, el 22 de julio se enfrentaron alumnos de las vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y la Preparatoria Isaac Ochoterena de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). La policía intervino, allanó las instalaciones de la vocacional 5 y detuvo a varios estudiantes. El 26 se realizan dos manifestaciones en protesta que coinciden en el centro de la ciudad de México, donde la tradicional rivalidad entre estudiantes del IPN y la UNAM se había diluido y mostraban unidad. A pesar de que tenían autorización del gobierno de la ciudad, los manifestantes fueron reprimidos brutalmente por las fuerzas policiacas, arrojando un saldo de más de 500 heridos y muchos detenidos. El 27 de julio en la mañana, al día siguiente de la represión en el centro de la ciudad, yo salí con mi grupo a una práctica de geología, regresando el día 30 de julio en la tarde a nuestra escuela, donde se estaba realizando una asamblea estudiantil para informar de la brutal intervención del ejército en la preparatoria de San Ildefonso de la UNAM, que destruyeron la famosa puerta del siglo XVIII con un bazucazo y la probable muerte de algunos estudiantes. Al final se decidió irse a un paro por tiempo indefinido en protesta por la represión de los estudiantes universitarios. Al día siguiente, 31 de julio, muy temprano empezamos a organizar brigadas, haciendo carteles y mantas para informar a la sociedad el motivo del paro. A media mañana otro compañero y yo fuimos a la UNAM donde se estaba realizando un acto encabezado por el rector Javier Barros Sierra protestando por la violación de la autonomía universitaria. Al final del acto oficial se quedaron los dirigentes estudiantiles con el micrófono; en algún momento me subí a la tribuna, informé que el Politécnico estaba en huelga y que los invitábamos para unírnos en la lucha contra la represión. Fue esta la primera ocasión en la historia del Politécnico que un estudiante convocaba a los universitarios a unificarse en la misma causa, hasta entonces había prevalecido entre ambas instituciones, es decir, la UNAM y el IPN la división, el enfrentamiento alimentado por los encuentros deportivos.

A. A.: ¿Cómo y por qué fuiste elegido como representante ante el Consejo Nacional de Huelga? ¿cómo se formó éste? ¿cuáles eran las demandas de los estudiantes? ¿Cuáles eran tus funciones en tanto representante? ¿Cómo te comunicabas con tus representados y conducías su palabra ante el consejo nacional?

J. V. V.: La primera dirección colectiva surgió en el Politécnico el día 31 de julio con la asistencia de los representantes de todas las escuelas que habíamos suspendido las actividades, se denominó Coordinadora del Politécnico y yo asistí

voluntariamente por parte de mi escuela sin que se hubiera realizado todavía la elección de representantes. El primero de agosto salimos en la primera manifestación por algunas calles periféricas a la Universidad. Esta movilización la encabezó el rector Javier Barros Sierra y fue determinante porque al día siguiente todos los universitarios suspendieron clases generalizándose la huelga en las dos principales instituciones de educación superior del país. Ese mismo día se publicó en la prensa el primer desplegado a nombre de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, protestando por los acontecimientos del 29 y 30 de julio, lo firmaron el director, los profesores y padres de familia. El 2 de agosto la asamblea de Ciencias Biológicas eligió a cuatro representantes estudiantiles, Jesús Vargas estuvo entre ellos. La responsabilidad de estos representantes era coordinar las actividades de la huelga con el Comité de Lucha que se formó con decenas de voluntarios, asistir a la coordinación de representantes de todas las escuelas, convocar las asambleas de la escuela, exponer las propuestas que llegaban a la coordinación, hacer las propias de la escuela y tomar los acuerdos por mayoría de votos. En esos días empezó a integrarse el pliego petitorio de los seis puntos y para el 6 de agosto que se realizó la primera gran manifestación ya estaban definidos los seis puntos y se había formado el Consejo Nacional de Huelga.

A. A.: ¿Cuáles eran esos seis puntos en torno a los cuales se unificaron todas las organizaciones estudiantiles?

J. V. V.: Pues la libertad de los presos políticos (que incluía a muchos dirigentes obreros y campesinos de luchas recientes), la derogación del llamado delito de «disolución social» bajo el cual se reprimía a los estudiantes, la desaparición de los granaderos, la destitución de los jefes policiacos responsables y la exigencia de responsabilidades a los funcionarios de gobierno y la indemnización a los heridos y a los familiares de los muertos.

A. A.: ¿Cómo es que el movimiento estudiantil trascendió los márgenes de las instituciones educativas y se vinculó con el pueblo, con otros sectores sociales? Permíteme decirlo en otras palabras; ¿qué se hizo para enlazar a los universitarios, mayormente pertenecientes a sectores medios de la sociedad, con otros estudiantes, obreros, campesinos, amas de casa?

J. V. V.: La integración con el pueblo se fue construyendo de manera natural, a través de las brigadas que subían a los transportes públicos a volantear y a solicitar el apoyo económico, a través de los mítines que organizábamos espontáneamente en plazas, mercados y afuera de las fábricas. Inicialmente la motivación fue la exigencia de justicia para nosotros mismos, los estudiantes, que habíamos sido agredidos por granaderos y soldados. En la medianía del mes de agosto se había generado un cambio radical en la percepción del estudiantado, ya no se hablaba tanto de la ocupación de la preparatoria, ni de la represión de la noche del 26 de julio, ahora se hablaba de la situación de México, de la ausencia de democracia, del autoritarismo, de los crímenes del gobierno mexicano, de la represión contra los cooperos, contra los ferrocarrileros, los maestros, los médicos, etc. Metafóricamente se puede decir que durante los primeros días nos encontrábamos encerrados adentro de una gran burbuja, gritábamos, nos movíamos sin participar de la situación general del país. Conforme fuimos saliendo de la burbuja tomamos conciencia de lo que había afuera, de lo que era el pueblo, su historia, sus problemas, sus anhelos, sus derrotas.

Rompimos la burbuja y nos sumergimos en el pueblo que nos había expresado su apoyo y solidaridad total. Se hacen cuentas de los miles que marchábamos en cada manifestación, pero casi no se dice nada de los otros que se juntaban al paso de las manifestaciones. Las laterales de las calles se ocupaban por multitudes que se conectaban con nuestras demandas y aspiraciones. No recuerdo absolutamente ninguna otra expresión tan espontánea y genuina de repudio popular. Por todo esto yo puedo asegurar que el pliego petitorio lo dejamos de ver como nuestro principal motivo y comenzamos a ampliar nuestros horizontes hacia otros sectores sociales.

A. A.: ¿Cuál fue tu participación en las manifestaciones y las marchas? ¿Cómo te sentías en esos momentos? ¿Qué te imaginabas? ¿Qué soñabas? ¿Qué proyectabas junto con tus representados y colegas del Consejo?

J. V. V.: Sin premeditarlo ni razonarlo adquirí la costumbre de marchar fuera del contingente de mi escuela; me encargaba de organizar la formación, el orden y en los primeros minutos avanzaba con ellos, pero después me desprendía y recorría los contingentes de principio a fin, no sé porque lo hacía, pero así era como me gustaba. Es relevante recordar lo que me pasó después de la marcha del primero de agosto. Al concluir la marcha abordé el camión con un compañero de la escuela, nos bajamos en la avenida Tlalpan que es una de las principales al sur de la ciudad; después de que llegamos él abordó su camión y yo me quedé esperando que llegara el mío. Se tardaba mucho, pero yo no me preocupaba, estaba ensimismado digiriendo todas las emociones de los dos días anteriores y de la marcha. En algún momento me cayó como un rayo el pensamiento de que mi vida había dado un gran giro y que Jesús Vargas había dejado de ser el que había sido antes. Nunca he olvidado aquel momento y no sé a cuántas personas les habrá sucedido algo similar. Debo indicar que en el Consejo había niveles jerárquicos. Había un grupo de representantes que venían de lejos acumulando experiencias políticas, entre esos compañeros se encontraban Raúl Álvarez, Gilberto Guevara Niebla, Cabeza de Vaca, Roberto Escudero y algunos más que tenían mayores posibilidades de incidir en las propuestas. Mi experiencia y mi nivel político-ideológico era bajo, se compensaba con mi activismo y liderazgo y me respetaban porque Ciencias Biológicas era de las vanguardias.

A. A.: ¿Cuál fue el desempeño de los brigadistas, de los activistas y cómo se establecían las redes de comunicación entre ustedes?

J. V. V.: En cada escuela se integró un Comité de Lucha con voluntarios que ocupaban su lugar en la práctica, no se elegía nadie, cada quien se dedicaba a lo que le gustaba; con la misma espontaneidad se formaban las brigadas que por lo general eran de cuatro a seis compañeros. A mediados de agosto se tomó el control de los camiones del Politécnico, a la Escuela de Biológicas le tocaron dos. Se formaban grupos más numerosos y nos desplazábamos a lugares más lejanos, desde la zona industrial de Vallejo, hasta Azcapotzalco, escogíamos los lugares más concurridos de las colonias aledañas y organizábamos mítines en plazas y mercados. Cada brigada que salía era responsable de su seguridad, no había ningún medio para cuidarnos a distancia, solo correr cuando se presentaba algún intento de intervención de la policía, era muy difícil que actuaran porque siempre estábamos a la vista de la gente, de testigos en cualquier situación. La gente nos

protegía. En los mercados nos regalaban fruta y verduras que subíamos a los camiones y luego utilizábamos en el comedor colectivo.

A. A.: ¿Qué leían entonces? ¿Organizaron círculos de estudio? ¿Tuvieron tiempo para discutir y formarse política e intelectualmente o todo fue sobre la marcha, espontáneamente, al calor de los hechos?

J. V. V.: En Ciencias Biológicas no se dieron las condiciones para estudiar, en todo caso se discutía en cualquier lugar y en todo momento, en el comedor, en los pasillos, en las guardias nocturnas, pero nunca nos preocupamos por formar círculos de estudio porque nos desvinculaba de la actividad y lo que sobraba era trabajo. Hubo noches en que no dormíamos porque vigilábamos toda la noche la escuela, o porque reproducíamos miles de volantes para la manifestación del día siguiente. Después de la manifestación del 27 de agosto en que nos quedamos en el Zócalo y fuimos reprimidos, fue tanta la actividad que yo no dormí durante tres noches y no sentía el agotamiento.

A. A.: ¿Cómo viviste tú la matanza del 2 de octubre? ¿Qué sabes tú sobre eso?

J. V. V.: Después de que habían transcurrido cuatro semanas de huelga y que habíamos organizado tres multitudinarias manifestaciones (6, 13 y 27 de agosto) la actividad estudiantil era cada vez más intensa y cada vez la gente del pueblo se identificaba más con todas las actividades, ya no era movimiento estudiantil sino un movimiento popular estudiantil. El presidente intentó desde los primeros días engañarnos con demagogia; desde Guadalajara llamó a la concordia extendiendo la mano en un acto de conciliación, le respondimos que era una mano ensangrentada. El primero de septiembre esperábamos ilusamente que en su mensaje iba a presentar alguna propuesta de solución, solo escuchamos amenazas, altanería y expresiones de un odio enfermizo. Ese marcó un nuevo momento en esta historia, el gobierno cambió la táctica, se iniciaron los ataques nocturnos contra las escuelas del Politécnico, se hizo más peligroso el trabajo de las brigadas, tuvimos que cambiar las tácticas para cuidarnos. Después de trece días de desconcierto y temor, por fin recuperamos la iniciativa saliendo el día 13 de septiembre en una gran manifestación del silencio. Durante casi dos horas marchamos hacia el Zócalo sin corear consignas, sin hablar, incluso algunos compañeros se vendaron los labios. Fue impresionante, conmovedor, para los que marchábamos y para los que se encontraban en las vallas. Pero el que más se impresionó fue el mismo presidente. porque cinco días después, el 18 de septiembre, dio la orden para que el ejército ocupara ciudad universitaria. Se asegura que fueron aprehendidos más o menos dos mil estudiantes que se encontraban en sus escuelas. El 21 de septiembre los granaderos se lanzaron contra la Vocacional 7 del Politécnico y el día 23 ocuparon los dos espacios principales de la institución: Zacatenco y el Casco de Santo Tomás. Los estudiantes del Politécnico defendimos con valentía nuestras escuelas. Nunca se conocerá el número de muertos, fue una verdadera batalla que duró toda la noche del 23 y la madrugada del 24 de septiembre. Con las escuelas ocupadas por el ejército y la policía recorriendo las calles se convocó a un mitin-asamblea el 27 de septiembre en los espacios de la unidad habitacional de Tlatelolco que había sido una de las principales bases de apoyo popular del Politécnico. Estuvimos en ese acto unos cinco mil estudiantes y tomamos el acuerdo de reunirnos nuevamente el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas, de ahí marcharíamos hacia el

casco de Santo Tomás para exigir la salida del ejercito de las escuelas. Las olimpiadas se aproximaban, la inauguración sería el 12 de octubre; a partir del 2 de octubre solo había diez días para encontrar la solución: ¿una tregua disfrazada?, ¿una promesa de solución para después de las olimpiadas?... ¡nada! Desde la presidencia se había designado una comisión negociadora que en la práctica actuó como distractor. Dos o tres días antes del miércoles 2 de octubre se preparó la embestida definitiva contra el movimiento estudiantil. El presidente Gustavo Díaz Ordaz le ordenó al general en jefe del estado mayor presidencial hacer preparativos en la Plaza de las Tres Culturas como si se fuera a escenificar una batalla. En los techos de varios edificios se definieron puntos de ubicación para francotiradores, se preparó un contingente de militares que se identificaron como Batallón Olimpia. Todo esto en absoluto secreto. El 2 de octubre en la mañana el Consejo Nacional de Huelga se reunió en una de las escuelas de la Unidad Zacatenco que había sido desalojada por el ejército. Se nombraron los oradores, se tomó el acuerdo de no marchar hacia el Casco de Santo Tomás, como se había acordado el día 27 y se acordó también que por medidas de seguridad ningún representante del CNH se subiera a la tribuna, solamente los cinco oradores que iban a intervenir. Solamente se cumplieron dos acuerdos; a la hora de iniciar el mitin nos encontramos en la tribuna más representantes de los que habíamos asistido a la reunión. Utilizando documentos del archivo personal del Secretario de la Defensa Nacional en aquellos años, así como documentos desclasificados de los archivos del gobierno de los Estados Unidos, el escritor-analista Carlos Montemayor analizó y descubrió hasta el detalle cómo cumplió el estado mayor presidencial las órdenes de su general en jefe, el presidente de la república Gustavo Díaz Ordaz. En el libro *La violencia de estado en México, antes y después de 1968* se presentaron los resultados de esa investigación.



A. A.: ¿Qué pasó después del 2 de octubre? ¿qué pasó contigo objetiva y subjetivamente?

J. V. V.: Objetivamente me salvé de caer preso, o de caer bajo las balas de los soldados. Me encontré entre los que tuvimos la suerte de salir ilesos después de permanecer oculto en uno de los departamentos de Tlatelolco. Subjetivamente asimilé la tragedia después de varios días en que prácticamente me encerré en la casa de mis padres. Mientras me preguntaba cómo habíamos sido tan ingenuos y crédulos. En aquellos días no dimensionaba el daño que le estábamos causando a un gobierno deslegitimado a causa de sus propias prácticas y a un partido dictatorial que se había eternizado durante cincuenta años en el poder. Gobierno y partido en el poder nunca lograron desentrañar la fuente de las inagotables energías de la juventud en lucha, acostumbrado a mentir, a repartir dinero y a reprimir no tenían más alternativa que la fuerza, las metrallas, la artillería y la usaron contra el pueblo.

A. A.: ¿Qué hiciste tú en esa fecha y después de ese fatídico día?

J. V. V.: El 2 de octubre en la mañana estuve en la reunión del CNH que se realizó en la Escuela Superior de Ingeniería del IPN. Asistimos poco más de cincuenta delegados, muy pocos en comparación de los 300 que asistían a las reuniones durante el mes de agosto. La reunión se inició aproximadamente a las diez y media de la mañana, en un ambiente de incertidumbre porque había muchos indicios de que algo iba a suceder en el mitin. Entre los acuerdos de esa reunión el más importante fue que no marcharíamos a las instalaciones del Politécnico del Casco de San Tomás a exigir la salida del ejército, como habíamos acordado el 27 de septiembre, porque consideramos que era muy peligroso. Se nombró a los oradores y el orden que iba a ocupar cada uno y se acordó que solo estarían en la tribuna del tercer piso del edificio Chihuahua, los integrantes del CNH que iban a participar. Por la tarde fui de los primeros que subí al tercer piso y cuando se inició el mitin estábamos presentes todos los que habíamos asistido a la reunión en la mañana y otros más. Poco antes de las seis de la tarde se corrió la voz de que en la parte baja del edificio se estaban concentrando individuos sospechosos con apariencia de policías. El compañero representante de la escuela Normal y yo bajamos y cada quien por su cuenta hizo un recorrido hacia la gente. Yo me detuve junto al asta bandera y en ese momento lanzaron desde el helicóptero las bengalas. Los soldados aparecieron en la parte opuesta a la tribuna y casi al mismo tiempo se escucharon los primeros disparos desde enfrente. La primera indicación que se dio desde la tribuna fue que permaneciéramos sentados, que no se aceptaran provocaciones; durante unos segundos nos quedamos en nuestro lugar, pero el ruido de los disparos se hizo más intenso y todos empezamos a correr para salir del centro de la explanada. Yo corrí hacia la parte trasera del edificio Chihuahua. Me refugié en una especie de tienda que se encontraba allí. Estuve mirando como corría la gente entre los soldados y temiendo que fueran a entrar a donde yo me encontraba decidí salir y sin correr dirigirme a los soldados. Así lo hice, le expliqué al primero que tuve cerca que yo me encontraba de visita con unos familiares y sin preguntar nada me dio la salida. Me dirigí corriendo por uno de los pasillos que llevaban al edificio que estaba enseguida del Chihuahua y toqué en la primera puerta que encontré. Me abrió una señora, no me preguntó nada, me dejó entrar y allí permanecí más de dos horas. Aproximadamente a las nueve de la noche salí

de ese departamento y con mucha cautela avancé a la avenida que estaba más próxima y subí en el primer camión que pasó y me bajé en el centro de la ciudad, le hablé por teléfono a uno de mis hermanos y así llegué a su casa donde me quedé esa noche sin poder dormir. En la mañana, temprano, me llevó hasta Querétaro y en esta ciudad abordé un camión que me llevó a Parral. En todo ese tiempo, desde que empezaron los disparos hasta que estuve en Parral tuve la sensación de que no era yo, vivía una especie de enajenación que no me dejaba aceptar que fuera cierto.



A. A.: ¿Qué consideras tú que pasó al país, a los jóvenes después del 68?

J. V. V.: Hubo de todo, el 7 de diciembre se declaró el fin de la huelga y del CNH (Consejo general de huelga). Regresamos a clases el 6 de enero de 1969. En la Escuela de Ciencias Biológicas emprendimos la reorganización del Comité de Lucha desde el primer día, estábamos propuestos a sostener la lucha aún en tiempo de clases; durante ese año y el siguiente organizamos muchas actividades, las condiciones eran diferentes porque no podíamos salir en brigadas, como lo habíamos hecho el año anterior, pero encontrábamos las vías para volantear y hacer trabajo popular. Los profesores de la escuela que durante la huelga nos habían apoyado decididamente se manifestaban totalmente en contra de que siguiéramos en lucha; para ellos el movimiento había terminado con el levantamiento de la huelga, para nosotros solo había concluido una etapa: muy pronto entramos en fuertes contradicciones y yo me convertí en uno de los obstáculos que impedían el retorno a la normalidad. Objetivamente ese era mi entorno inmediato, el de mi escuela; sin embargo, hacia el exterior yo percibía que el gobierno estaba practicando nuevas formas de control, incrementando el porrismo. Los porros eran cuerpos paramilitares formados por jóvenes que actuaban en los espacios exteriores de las escuelas, intimidando, agrediendo impunemente, vendiendo droga sin ningún

problema. En pocos meses empecé a percibir un mayor interés por la marihuana y el LSD entre algunos sectores estudiantiles. Subjetivamente y en paralelo empecé a notar un cambio en los intereses de los lectores, se pusieron de moda lecturas de temas metafísicos, filosofías orientales especulativas. Algunas expresiones del movimiento Hippie también empezaron a manifestarse entre el estudiantado. Por otra parte, empezaron a gestarse los grupos radicales que en muy poco tiempo iban a optar por las guerrillas urbanas. Sin embargo, en el Politécnico, en la Unidad Zacatenco y en el casco de Santo Tomás estaban muy activos los Comités de lucha.

A. A.: ¿Podrías resumir tu trayectoria durante la década posterior al 68?

J. V. V.: Bueno, pues quizás lo primero que hicimos fue que varias decenas de estudiantes organizamos una proeza autogestiva: nos incorporamos como profesores voluntarios y desde esa posición logramos que las autoridades de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas nos permitieran utilizar laboratorios y equipos para impartir prácticas de laboratorio a todos los estudiantes que habían ingresado al nuevo ciclo escolar, quizá 400 o 500 estudiantes. Las prácticas se iniciaban a las ocho de la mañana y terminaban al anochecer. Aproximadamente cincuenta estudiantes de ENCB eran los profesores. El coordinador fue el compañero Gaiska Asteinzá Bilbao. Fue una maravilla que siempre me ha causado mucho orgullo porque en esta experiencia confluyeron condiciones muy favorables que se presentaron por la representatividad y fuerza del Comité de lucha y, ¿porqué no decirlo? gracias al liderazgo de Jesús Vargas (risas). También intervenimos en la fundación y el apoyo como maestros en la Preparatoria Popular Liverpool. Pero esa es otra larga historia.

A finales de 1969, sin reflexionar mucho en ello empecé a relacionarme con algunos compañeros que estaban madurando en la guerrilla. Yo había perdido la emoción por la escuela, no me importaba terminar la carrera, sentía que mi camino estaba definido por la lucha junto al pueblo porque esa era una de las conclusiones a las que habíamos llegado después del 2 de octubre, que podríamos hacer muchas manifestaciones, mítines y brigadas, pero sin el pueblo no lograríamos ningún cambio y eso era lo que se necesitaba en México, un cambio verdadero. En esos días sólo faltaba tomar una decisión, pero yo no estaba convencido en el uso de las armas, ni siquiera sabía si podría disparar contra alguna persona, se tratase de soldado, policía o agente secreto. Este, por cierto, ha sido uno de los grandes enigmas de mi vida ¿en qué momento y circunstancia el ser humano puede cambiar sus códigos y hacer uso de la violencia como nunca antes? En los primeros meses del año 1970 hicieron contacto conmigo un grupo de compañeros que habían regresado de prepararse durante medio año en la República Popular China. Nos invitaron a varios estudiantes del Politécnico para integrarnos a un gran movimiento agrario del norte de México con el objetivo general de construir una gran base popular aplicando la experiencia de la revolución China y los lineamientos de Mao Tsé Tung. Esa alternativa me atrajo inmediatamente porque yo había leído algunos textos de Mao y estaba de acuerdo en integrarme al pueblo y aprender de las masas, antes que pretender ser su maestro. En agosto de 1970 abandoné la escuela; no era el único que había decidido esta acción, yo creo que fueron cientos de estudiantes que tomaron igual decisión lanzando sus pasos por diversas vías de acción, todos con el mismo pensamiento: hacer la revolución.

A. A.: ¿Y qué pasó a otros después del 68? ¿qué secuelas dejó el movimiento en sus protagonistas? ¿cuáles fueron las diversas trayectorias que siguieron unos y otros, y otras?

J. V. V.: Sería muy difícil elaborar, o sistematizar las diversas tendencias, solo puedo señalar que hubo muchas tendencias entre los que se mantuvieron tercos en seguir la lucha. La mayoría de los jóvenes se fueron readaptando a la vida académica hasta que concluyeron su carrera, algunos se fueron olvidando de la experiencia, otros la conservaron como un momento romántico de sus vidas, otros se arrepintieron y vieron que había sido tiempo inútilmente perdido, otros se enajenaron en el uso de las drogas y de otros estímulos sensoriales, pero muchos estudiantes que no abandonaron la escuela y otros que habían ingresado a las escuelas superiores después del regreso a clases siguieron participando durante 1969 y 1970. En general, al iniciarse el año 1971 se habían logrado grandes avances en la reorganización estudiantil, cada vez se escuchó con más fuerza la consigna de retomar las calles. En mayo de ese año se discutió mucho la realización de una gran marcha con varios puntos de acuerdo, se acordó la fecha del 10 de junio de 1971 tomando como punto de partida el Casco de Santo Tomás, muy cerca de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas. Antes de iniciar la marcha se habían reunido varios miles de estudiantes. Los organizadores calculaban que se iban a ir sumando muchos miles conforme se avanzara y se comprobaba que no se iba a reprimir. Cuando apenas se había avanzado algunas calles irrumpieron los grupos paramilitares; primero intentaron desbaratar la marcha, pero cuando fueron enfrentados por los estudiantes utilizaron las armas de fuego de alto poder. En varios sitios hubo francotiradores. Fue una nueva masacre, pero en esta ocasión el cerebro fue otro presidente igual de canalla que el anterior: Luis Echeverría Álvarez. Tampoco de esta masacre se conocerá el número de muertos, fueron varias decenas, hay testimonios de que los paramilitares irrumpieron en los hospitales y sacaron a los heridos que nunca aparecieron. Desde mi óptica historiográfica ese día, 10 de junio de 1971 terminó, ahogado en sangre, el movimiento estudiantil de la ciudad de México, que se había iniciado el 7 de julio de 1967, con la huelga general del Politécnico en apoyo a la Escuela de Agricultura Hermanos Escobar, de Ciudad Juárez.

A. A.: ¿Cómo y por qué regresaste a Chihuahua?

J. V. V.: Junto con Marcela participé durante diez años en diversos lugares del norte de México organizando grupos campesinos, colonias proletarias, orientando luchas sindicales con los mineros. En 1978 tuvimos desacuerdo con la organización en la que participábamos, decidimos dejarla junto con un grupo de compañeros y optamos por intentar en Chihuahua una organización en las maquiladoras y en otros centros de trabajo. Lo intentamos durante poco más de un año y finalmente decidimos que había llegado el momento de regularizar nuestra vida familiar y empezamos a impartir clases, sin dejar de participar en la democratización de los compañeros maestros.

A. A.: ¿Cómo lograste introducirte al campo educativo? ¿qué te dejó esa experiencia? ¿qué dejaste tú?

J. V. V.: Nuestro ingreso a la docencia oficial fue resultado de una favorable coyuntura que nos permitió obtener plaza en el sistema de educación tecnológica,

concretamente en un Centro Bachillerato de Educación Tecnológica Industrial de la ciudad de Chihuahua. Desde muy joven yo había descubierto una vocación natural por la docencia, mucho antes de obtener esta plaza había incursionado en la educación popular y, como una constante en mis tiempos de brigadista en cada lugar organizábamos círculos de historia relacionados con las luchas populares de los obreros, el zapatismo, el villismo, etc. Al adquirir la plaza oficial se abrió una gran oportunidad creativa donde aplicamos mucha de nuestra experiencia como brigadistas. En 1988, después de diez años de impartir clase me inicié en la investigación histórica y prácticamente de 1990 en adelante me he dedicado de manera total al oficio de la investigación historiográfica.

A. A.: ¿Cómo pasabas tu tiempo libre?

J. V. V.: A lo largo de mi vida no he organizado el uso regular de mis tiempos libres como lo hacen otros integrantes de la clase media. He viajado a otros países, pero no de manera sistemática. No soy afecto a usar mis vacaciones porque cada vez me fui comprometiendo más y más con mis proyectos de investigación. Nunca he podido asumir que he terminado, siempre que concluyo un libro o una conferencia o un artículo, ya tengo otros compromisos que me esperan. Ha sido una vida profesional muy caótica, pero no he podido liberarme de esta manera de hacer las cosas.

A. A.: ¿Cómo y por qué te hiciste historiador?

J. V. V.: Creo que algo hay en el carácter de cada persona que influye como tendencia, aunque muchas veces no se transforme en una vocación plena. Cuando estudiaba la secundaria iba a la biblioteca y solicitaba libros de historia regional; no había mucho, pero algo me atraía en estas lecturas, sin embargo, el oficio llegó a mi vida como consecuencia del movimiento de 1968. La explicación es una simpleza, pero real; uno de los argumentos de ataque utilizado por la prensa mexicana contra los estudiantes en huelga fue la crítica por el uso emblemático del Che Guevara, Mao, Ho Chi Min. En los periódicos se nos acusaba de recurrir a héroes extranjeros renunciando a la memoria de nuestros propios héroes. Esta era una acusación sin fundamento, para desprestigiar la causa, además con sentido chovinista; sin embargo, a mí me llegó de rebote el razonamiento de que sabía muy poco de la historia de mi país; desde entonces decidí dedicar parte de mi tiempo a leer y comprender las claves de nuestra historia, principalmente de la revolución. Sin pensarlo, ni racionalizarlo encontré en la investigación mi segunda vocación después de la docencia. Pero tengo que decir que yo mismo fui escogiendo mis temas de investigación, de los movimientos y los personajes que yo he considerado que están tratados injustamente, o que sus méritos y proezas se encuentran en el olvido.

A. A.: ¿Cuál fue el primer libro que publicaste, de qué se trató?

J. V. V.: La institución que en 1980 se denominaba INEA (Institución Nacional de Educación para los Adultos) incluyó entre sus objetivos la elaboración de «historias mínimas» de cada estado. El libro correspondiente a Chihuahua se había retrasado y me propusieron que yo lo hiciera, ese fue mi primer libro *Historia mínima del estado de Chihuahua*.

A. A.: ¿Cómo ingresaste a la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez?

J. V. V.: Entre 1989 y 1990 se inició el proyecto para escribir la historia regional de Chihuahua y se me invitó junto con varios investigadores que tenían investigaciones relacionadas. Desgraciadamente esta iniciativa se quedó en proyecto porque el coordinador se convirtió en el rector de la Universidad y el casi todo quedó a la deriva, solo se alcanzaron a publicar algunos libros.

A. A.: ¿Cuántos libros has publicado a la fecha? ¿Cuáles son tus favoritos y por qué?

J. V. V.: No puedo responder esta pregunta porque algunos libros han salido con mi nombre, pero son compilaciones o antologías y creo que no contienen una verdadera investigación, consideremos diez títulos. Como investigación mi predilecto es la biografía: *Nellie Campobello, mujer de manos rojas* porque fue un trabajo muy esforzado que se fue gestando en más de veinte años de trabajos intermitentes. En ese libro fue determinante la participación de Flor García Rufino, coautora; sin su participación no sé cuándo lo habría terminado, fue una gran experiencia trabajar a cuatro manos. Mi último libro *Villa bandolero* es uno de mis favoritos porque aborda un tema muy novedoso. El libro de *Chihuahuismos* es una obra gozosa en la que recupero los modismos regionales. El libro que más se ha difundido es el que hice con mi compañera Marcela Frías *La cocina regional de Chihuahua*.

A. A.: Tu libro *Villa bandolero* ya está a la venta, ¿verdad? ¿Se distribuirá en versión digital? Estoy segura que podría interesar a un público más allá de nuestras fronteras.

J. V. V.: Se llevó a las principales librerías desde el mes de agosto, está en todos los Sanborns del país. También está a la venta la versión digital. Es un libro muy novedoso porque trata una etapa casi desconocida en la vida de Francisco Villa, dieciséis años en que se dedicó al bandolerismo. La primera vez que presenté un trabajo sobre el tema fue en el homenaje que se le hizo al doctor Friedrich Katz en la ciudad de México. En aquella ocasión el doctor se interesó mucho y me estimuló para que profundizara en la investigación, de alguna manera se lo debía.

A. A.: ¿Qué estás escribiendo ahora?

J. V. V.: Ahora estoy intentando hacer una novela histórica dedicada al general Felipe Ángeles, es un reto que me produce mucha incertidumbre porque no sé si voy a lograr salirme del esquema de la historiografía para introducirme en la novela. Es un reto que me ha acompañado durante los últimos años.

A. A.: ¿Qué te apasiona más de tu oficio de escritor?

J. V. V.: Todo lo que voy encontrando digno de recuperarse para la historia viva, al decir *digno* uso la palabra como dignificante del ser humano, de la gente de mi tierra, de Chihuahua, de México, y cuando digo *viva*, me refiero a la historia que nos ayuda a comprender mejor el tiempo que estamos viviendo, me refiero a los datos de la historia que nos sirven como clave para pensar, para actuar en lo inmediato. Soy un lector, un investigador que se emociona con las acciones de los sujetos que han luchado por elevar su condición y me refiero principalmente a los seres marginados, a los que nunca se ven y nunca nadie toma la palabra por ellos. Me gusta mostrar a esos personajes, resaltar sus buenas acciones, principalmente cuando luchan por causas sociales y lo hacen con heroísmo. Hace casi treinta años que escribo semanalmente una página cultural en el principal diario de la ciudad. Cuando empecé a publicarla lo hice pensando que esa era la vía más directa y

rápida de socializar, de compartir con la gente mis descubrimientos, lo que me emocionaba. Este fue el momento en que asumí el oficio de investigador como la actividad más importante de mi vida y aquí hay algo que debo decir: yo decidí que no me interesaba dedicar veinte años a preparar la obra maestra de mi vida. A los historiadores de carrera se les forma para que cuiden mucho lo que publican, tienen que ser textos con todos los requisitos metodológicos. La máxima aspiración de un historiador es escribir la gran obra, el gran libro que reciba premios, que sea reconocido por la sociedad, pero principalmente por la academia. Yo puse por encima de todas estas conducciones la importancia de socializar el conocimiento retirándome lo más posibles del lenguaje académico, simplificando la escritura para que estuviera al alcance de cualquier lector, eso es lo que he tratado de hacer en todos estos años. Mi hoja semanal se denomina *La Fragua de los tiempos*, al momento de escribir estas líneas he acumulado 1270 números; cada hoja está formada por un número variable de once mil a doce mil palabras.

A. A.: Además de escribir haz hecho otras actividades para promover la cultura y la historia. ¿Puedes hablarnos un poco de ello?

J. V. V.: En estos treinta años he realizado muchas actividades, he sido un promotor y un difusor de nuestra cultura regional. En 1992 organicé en el pueblo de Tomochic, en la sierra de Chihuahua, la conmemoración de una gesta heroica que tuvo lugar en 1892, al mismo tiempo preparé una compilación con ensayos de una decena de historiadores: *Tomóchic la revolución adelantada* (dos tomos). Durante una semana se presentaron varios escritores, músicos, danzantes, fue un acontecimiento extraordinario. Desde entonces la gesta del 20 al 29 de octubre de 1892 se recuerda cada año, aunque de manera más sencilla. En 1994 elaboré el proyecto de las Jornadas villistas ubicando como epicentro de esta actividad la ciudad de Parral donde fue asesinado Francisco Villa. Igualmente, se programaron un conjunto de actividades, aprovechando el acontecimiento para movilizar culturalmente a los principales pueblos y ciudades del sur del estado, mostrar sus productos artesanales, sus platillos tradicionales, sus costumbres etc. Después del primer año, esta celebración se ha convertido en uno de los principales eventos culturales del estado, pero los organizadores se han alejado de la idea original, las Jornadas se concentraron en Parral, se dejó fuera a los demás municipios, se abandonaron las principales actividades culturales y se le ha dado más importancia a los espectáculos.

A. A.: Además, has sido impulsor de una serie editorial para difundir las obras poco conocidas del siglo XIX y a nuevos historiadores. ¿Cómo se inició Biblioteca Chihuahuense? ¿cuántos volúmenes llevan? ¿Cómo le hiciste? ¿Con qué medios? ¿con qué equipo?

J. V. V.: En el año 2000 le presenté la propuesta al gobernador del estado en ese momento, Patricio Martínez, para que se iniciara un proyecto editorial con el objetivo de rescatar aquellos libros de historia y cultura regional que ya no se podían conseguir en ninguna librería, libros que se habían publicado muchos años antes y estaban agotados. La propuesta se aceptó y así surgió el Programa Biblioteca Chihuahuense. En la primera etapa de cuatro años se publicaron casi veinte títulos en tirajes de tres mil ejemplares, estos libros los distribuía la oficina de comunicación social a nombre del gobernador, por ejemplo, como regalo de

navidad, a los visitantes de otras entidades, en eventos culturales de profesores, profesionistas, etc. En los años siguientes se publicaron treinta títulos, con tirajes de mil ejemplares y se hicieron reimpresiones de aproximadamente quince de los títulos que se habían agotado. Este programa fue único a nivel nacional, pero por dificultades financieras está suspendido desde hace cuatro años, espero que pronto se recupere la continuidad.

A. A.: Te has metido también en el terreno de la gastronomía. Yo he disfrutado ese libro tan sugerente que escribiste junto con tu esposa Marcela Frías sobre la cocina en tiempo de Francisco Villa. ¿Me puedes platicar un poco sobre este libro?

J. V. V.: Es un libro que surgió de la iniciativa de Marcela Frías, mi compañera. Ella es originaria de la ciudad de México, sin embargo, desde que nos casamos se integró a la cultura del norte, especialmente en todo lo relacionado con la cocina y la educación. En los pueblos que recorrimos de Durango y de Chihuahua ella detectó muy bien la sazón y los productos típicos de cada lugar. Cuando nos arraigamos en la ciudad de Chihuahua buscábamos los guisos que habíamos probado en los pueblos y en los ranchos, en ningún restaurante los ofrecían en la carta. A las personas que llegaban de paseo invariablemente se les decía que la cocina de Chihuahua estaba representada por los cortes de carne. Los principales lugares para comer competían por ofrecer los mejores cortes. Entonces, ella empezó a publicar en mi página cultural las recetas que había aprendido en la familia y después empezamos a buscar entre la gente otras recetas tradicionales. A la vuelta de dos o tres años ya teníamos suficientes recetas para un libro y lo publicamos entre los dos: *Cocina regional de Chihuahua*. De todos los libros en los que me he involucrado este es el que más se conoce.

A. A.: Y abriste un restaurant, *Calicanto*, en un lugar muy icónico de la ciudad de Chihuahua, que nos ofreció cocina regional de calidad y dio cobijo a la discusión en temas de política, historia y cultura promoviendo la relación intergeneracional, plural y diversa. ¿Cómo le hiciste para manejar esos malabares, tus múltiples ocupaciones, el menú cotidiano, la intensa vida social desplegada en torno a ese lugar? ¿qué pasó con ese lugar encantador y hasta cierto punto, innovador e irreverente?

J. V. V.: Todo lo que indicas y, mucho más, es cierto, fue una gran aventura que sostuvimos Marcela y yo con otros dos socios que también formaban matrimonio. Nos asociamos originalmente para iniciar una empresa sencilla, pero el lugar que rentamos era tan agradable y se nos ocurrían tantas ideas que en un año se hizo famoso por los platillos que se ofrecían, por la música en vivo, por la informalidad, por el servicio, por las actividades culturales continuas, por el ambiente en general, pero creo que, sobre todo, por el espacio del que la gente y los músicos aseguraban que irradiaba muy buenas vibraciones, que era mágico. Tuvo continuidad casi veinte años, donde el mérito principal fue de la administradora que desde el segundo año asumió la mayor carga en las responsabilidades. La continuidad se interrumpió hace cuatro años porque el edificio no era nuestro, los dueños hicieron otros planes, mucha gente recuerda con nostalgia el *Calicanto* y nosotros decidimos no empezar de nuevo.

A. A.: Eres incansable, trabajado como verdadero adicto, aunque eres capaz de dedicar tiempo a las artes, a la cocina, a los amigos y a la familia. ¿Cómo has logrado compaginar tu trabajo tan intenso con tu vida familiar? ¿Cómo construyes

espacios de tiempo libre? ¿tiempo para ti? ¿para lo que a ti te gusta además del trabajo y la comunicación con la gente?

J. V. V.: Tengo que ser muy honesto y objetivo en esta pregunta. Toda la carga de trabajo, lo que produzco, el tiempo que le dedico al oficio descansa en el sacrificio del tiempo que no dedico como pareja, es decir, el tiempo que no dedico a pasar junto con mi mujer, viajando, saliendo a divertirnos. La verdad es que, a lo largo de todos estos años, de manera intermitente entramos en conflicto y yo no puedo hacer otra cosa. Ella tiene muchas actividades, sale muy seguido con amigas, viaja dos o tres veces a la ciudad de México, no es una mujer dependiente, para nada, pero si me reclama la falta de atención y con razón... pero no puedo hacer nada.

A. A.: ¿Cómo participarás en la conmemoración el cincuentenario del 68?

J. V. V.: Hace dos años tomé la iniciativa para reunir a un grupo de compañeros que habíamos participado juntos en el Politécnico durante la huelga estudiantil. Los convoqué para prepararnos y participar en los 50 años organizadamente. Una de las motivaciones que les expuse fue que en todo lo que se ha escrito de esta historia solo aparece la Universidad, la UNAM. Yo escribí hace diez años un libro que titulé *La patria de la juventud*, pero faltaba mucho más: Al iniciarse el año empezamos a presentarnos como «Colectivo Memoria en Movimiento Brigadistas Politécnicos del 68». Este 2 de octubre vamos a estar juntos en la ciudad de México. Un día antes, el primero de octubre estaremos en nuestra escuela, en Ciencias Biológicas. Expondremos algunas de nuestras ideas referentes a la participación de la escuela y he preparado una exposición gráfica de 55 fotografías que registró Marcela durante la huelga. Ella se dedicó a registrar los principales eventos con una cámara rusa de su papá. Junto con un compañero que sabía algo de fotografía ella aprendió a revelar y montaron un laboratorio en los sótanos de la escuela. Cuando entraron los soldados a la escuela, el 23 de septiembre, se llevaron un «tendedero» con decenas de rollos en negativo. Durante muchos años asumimos que se habían llevado todo, sin embargo, en un viaje que Marcela hizo a la ciudad de México, revisó lo que había dejado en un closet y encontró diez rollos que ya habían sido revelados. Los revisamos y seleccionamos aproximadamente cien fotos. De esas hice otra selección y son las que voy a mostrar por primera vez en la ciudad de México.

A. A.: Mirando desde aquí hacia ese momento, ¿qué nos legó ese movimiento?, ¿qué aprendizajes hemos adquirido?, ¿qué es lo que no hemos aprovechado?, ¿cómo estamos ahora?, ¿por qué crees tú qué estamos como estamos?

J. V. V.: Cuando miramos en retrospectiva estos cincuenta años de distancia encontramos que la situación en que nos encontrábamos como país en los años sesentas no era tan infame y tan miserable, la burguesía y el gobierno mexicano eran menos cínicos en su ambición y despotismo. En los últimos treinta años hemos sido testigos de lo inimaginable: la entrega de los recursos no renovables (minerales e hidrocarburos) incluyendo miles de kilómetros concesionados a los consorcios mineros extranjeros, las playas, los sitios turísticos más atractivos, los sistemas hidráulicos para la agricultura. El neoliberalismo ha destrozado al país, pero la cara más terrible de lo que ha sucedido en estos cincuenta años ha sido la que ha dejado la violencia producto del comercio de las drogas con Estados Unidos, y consecuentemente de armas ilegales vendidas desde ese país. El estado de Chihuahua ha sido uno de los más golpeados, miles de muertos, de desaparecidos

y, ante la impunidad plena. Los asesinatos de mujeres jóvenes durante los últimos veinte años no han dejado ninguna explicación, ninguna indagatoria confiable, ni castigo para los asesinos. Sin embargo, hay otra cara en todo esto, en general la sociedad se encuentra más preparada para participar en cambiar la situación. Yo estoy convencido de que el nuevo gobierno puede ser determinante para que México resuelva muchos de sus problemas y además creo que si logra ese propósito va a introducir una nueva alternativa para los pueblos de América. A partir del triunfo electoral de Andrés Manuel López Obrador estamos siendo testigos de una manera diferente de enfrentar las contradicciones con los enemigos del pueblo. Menos discurso radical, menos adjetivos, más y más llamados a la conciliación para evitar las confrontaciones antes de tiempo. A partir del primero de diciembre seremos testigos de las capacidades que traiga el nuevo gobernante para responderle al pueblo como está esperando de él.

A. A.: ¿Qué relación puedes establecer entre Historia y Educación?

J. V. V.: A través de la práctica como brigadista, como activista en las luchas populares he aprendido que, a los campesinos, a los obreros les gusta mirarse en el espejo de la historia, les gusta mucho entender el papel de las masas en la historia, saber cómo actuaron los buenos, con los que puede identificarse. Ya lo había señalado que en nuestro trabajo de organización una tarea fundamental eran los círculos de estudio en cada lugar a donde llegábamos, los resultados fueron extraordinarios, por eso la historia verdadera y con sentido de clase es un peligro y por eso en el ámbito del proceso educativo que es desde donde se tendría que definir esta enseñanza de la historia se hacen las cosas al revés. No es que los estrategas de la educación oficial sean unos ineptos, saben perfectamente lo que tienen entre manos y durante casi cien años el aula se ha convertido en el principal productor de fobias contra las clases de historia. Pero el problema no empieza en el aula con los alumnos, empieza con los maestros porque ellos han sido formados en ese sistema aberrante. En el supuesto de que las condiciones actuales sean favorables para un cambio, se debe tener en cuenta que no basta con diseñar unos programas muy bonitos; lo primero que se tiene que hacer es revisar los contenidos en la formación de los profesores y en paralelo a los programas, diseñar actividades en toda la nación, muy bien pensadas, muy objetivas para capacitar de otra manera a todos los profesores de historia que se formaron en el neoliberalismo. Esta condición aplica en todas las ramas de la educación y del conocimiento. En ese sentido, debo ser muy claro: no basta con hacer reformas superficiales, ni con eliminar las evaluaciones. El asunto de la educación es crucial para que verdaderamente llegue el cambio y para el nuevo gobierno es la prueba de fuego, allí se va a ver hasta dónde se quieren iniciar los cambios en este país. Con respecto al Politécnico, te expongo lo siguiente: estoy convencido de que la lucha actual de los estudiantes de esta institución debe ser hacia el interior para romper con la concepción de que no es necesario que sus alumnos estudien materias de contenido humanista: filosofía, ciencias sociales, historia del arte, literatura, etc. Durante sus ochenta años desde la fundación quedó establecido que en los programas curriculares solo se atendería las ciencias exactas y materias relacionadas con las carreras técnicas. Esto ha representado una limitación enorme en la formación de los egresados. Por otra parte, esto es lo más importante, en la estructura del Politécnico se aplica una dirección

autoritaria donde la participación de estudiantes y maestros es casi nula en la toma de decisiones. A los estudiantes del Politécnico se les trata como menores de edad, no como ciudadanos y esto tiene que terminar porque, a pesar de todo lo que se logró con el movimiento de 1968, la democratización de esta institución ha quedado soterrada en todos estos años.

A. A.: Gracias, Jesús Vargas Valdés.

J. V. V. Gracias a ti y a la revista *Espacio Tiempo y Educación* por facilitar estas reflexiones. A partir de las conversaciones que hemos tenido puedo afirmarte que esta entrevista ha constituido para mí una muy buena experiencia que me ayudó a responder preguntas muy elementales que nunca me había hecho yo mismo; cómo que me obligaste a poner en perspectiva pensamientos y acciones de mi vida y de la historia reciente. Espero que estas vivencias se puedan entender fuera de México y que algo aporte a la historia de la educación y de los movimientos sociales.



2. Epílogo: «Una mujer en la noche... de Tlatelolco»

La entrevista finalizó, pero más adelante me encontré entre mis papeles un poema escrito por Jesús Vargas, que me permito compartir con los lectores de *Espacio, Tiempo y Educación*, por considerarlo muy representativo de lo que pasó la noche de Tlatelolco de 1968, un escrito que a mí me ha parecido a la vez bello y pavoroso.

Una mujer en la noche... de Tlatelolco

No le miré su cara,
no supe de qué color eran su piel ni su pelo;
no me di cuenta si era joven o madura,
si tenía treinta o cincuenta años.

No hubo diálogo ni preguntas,
nada supe de ella ni ella de mí;
todo el espacio lo llenó el miedo
las palabras no hicieron falta esa noche;

Fue un encuentro silencioso,
simbiosis de solidaridad y coraje...
Nunca supe cómo fui a parar a ese lugar,
ni tampoco cuál era el nombre del edificio;

Toqué fuerte; no había luz prendida,
ni afuera ni adentro
¿Por qué toqué allí?, ¿por qué me abrió?,
¿por qué me salvó?

¿Porque era una madre sufriendo todas las muertes?,
¿porque salvando mi vida salvaba la de sus propios hijos?,
¿o la de los hijos que nunca tuvo?;
o nada más, ¿porque así expresaba su coraje contra los asesinos?

No recuerdo qué fue lo que dije,
ni siquiera recuerdo si dije algo.
Entré como un perro asustado,
me tiré en el suelo, me arrastré
y a tientas me acomodé en una esquina;
allí quedé arrinconado, una eternidad,
junto a la ventana...

Afuera siguieron los disparos,
desgarrando el cielo oscuro de Tlatelolco;
sinfonía de guerra, de balas y explosiones;
composición del mismo autor de Río Blanco,
de Cananea... y de la otra sinfonía
que mató a Zapata, a Ángeles y a Pancho Villa.

Ahora se escuchaba un solo,
seco y penetrante, producido por la metralla;
luego todos los calibres en impetuosa armonía,
y después, "que retiemble en su centro la tierra,
fulgurante y sonoro el rugir del cañón".

Dudé unos instantes, pero lo tuve que aceptar...
era un cañón: primero el trueno, luego los vidrios
y el temblor de las paredes... estaban disparando
las tanquetas contra el edificio Chihuahua.

¡Cuántos estaban muertos!,
¡Cuántos estaban muriendo!...

Siempre me he preguntado:
¿por qué no recuerdo los gritos?,

¿nadie gritaba? ¿nadie hablaba?,
¿fue tanto el miedo que me quedé sordo?

No, yo no estaba sordo;
escuché perfectamente las balas...

Y mientras corría,
también escuché el silencio del miedo,
el golpeteo de los zapatos contra las baldosas,
mil respiraciones ahogadas
por la vivencia de la muerte,
y las maldiciones de mil hombres
y mujeres enfurecidos
que gritaban desde las ventanas...

Ahora que recuerdo,
pienso que de no ser por la oscuridad,
por los balazos, por el miedo,
y por el terrible sentimiento de pequeñez,
todo podría haber sido como cualquier día.

Ahora que recuerdo,
pienso que de no ser porque la plaza
había sido invadida por el ejército,
de no ser porque desde arriba sonaban los disparos
y abajo yacían los cuerpos tendidos,
todo hubiera sido como cualquier día en Tlatelolco.

De no ser porque a los del CNH los habían atrapado,
de no ser porque mucha gente corría descalza,
entre los pisoteados, entre los bayoneteados,
entre los baleados, entre los desangrados,
simplemente, de no ser por eso
todo hubiera sido igual,
igual que cualquier otro día...

De no ser por los rebozos, los guaraches,
los zapatos y los libros, las tetetas,
las cachuchas y los sombreros regados en la plaza;

de no ser por los desaparecidos,
el cinismo y la prepotencia de un señor presidente,
y la complicidad de la prensa vendida;
de no ser porque una mujer abrió la puerta de su casa,
todo sería igual en la vida...

Yo no hubiera nacido otra vez,
no hubiera crecido el pensamiento
ni el amor por esta madre patria,
que conocí mejor aquella noche, 2 de octubre,
noche que después de tantos años no se olvida
y sigue como lumbre en la memoria.

Jesús Vargas